

NICOLÁS Y LA DIOSA DIANA

3º-4º

Se dice que en el momento en que Nicolás fue elegido obispo de Myra, el cristianismo ya estaba bastante extendido en Asia Menor. Pero poco más de 200 años después de la muerte de Cristo en la cruz, todavía había algunos seguidores que mantenían la antigua creencia en los dioses. Para muchos agricultores, el culto a la diosa Diana todavía era común. Sin embargo, dado que la mayoría de los templos de los antiguos dioses fueron destruidos o consagrados a la nueva fe cristiana, los seguidores del antiguo culto a Diana hacían sus sacrificios en secreto en lugares sagrados.

Nicolás, como obispo piadoso, sabía esto, por supuesto, y en su interior se resistía a verlo. Un día, por ejemplo, recibió noticias de un gran árbol cerca de su ciudad episcopal de Myra, que se suponía que estaba dedicado a la diosa Diana. Con el fin de evitar el antiguo culto, el obispo Nicolás mandó talar el árbol.

Pero entonces la diosa Diana se enfureció por este hecho y decidió vengarse del obispo. Con este propósito navegó a través del mar hasta la ciudad portuaria de Alejandría donde estaba a punto de zarpar un barco de peregrinos, se transformó en una monja gracias a su todavía poder mágico y se acercó de esta forma a tres marineros que estaban a punto de abordar el barco hacia Myra. Les dio a estos marineros una vasija de barro llena de aceite y les dijo:

-"Ustedes, marineros, he oído que se dirigen al puerto de Myra. En esta ciudad vive un hombre muy piadoso, a quien quiero presentar mis respetos. Es el obispo Nicolás de Myra. En este vaso encontrarán un aceite especial con el que ungirán a la Iglesia Episcopal ante los ojos del obispo como signo de mi reverencia".

Los marineros quedaron tan deslumbrados por la hermosa apariencia de la monja que prometieron hacer lo que la ella les había dicho que hicieran. Después de que el barco hubo concluido felizmente su viaje a Myra, los tres marineros fueron a la iglesia del obispo y preguntaron allí por el Obispo Nicolás. No pasó mucho tiempo antes de que se encontrara con ellos en la escalinata de la iglesia, y les preguntó sobre sus deseos.

—"Señor obispo, nos ha sucedido algo muy extraño" —comenzaron los marineros su informe—. "Estábamos a punto de embarcarnos en nuestro barco hacia Myra cuando una monja nos habló en el puerto de Alejandría. Esta monja era de hermosa figura y nos pidió con palabras conmovedoras que le presentáramos nuestros respetos al sr. Obispo, una vez que llegáramos a Myra y que le entregáramos este regalo. En esta vasija de barro, nos dijo la monja, hay un aceite precioso, que como signo de veneración debía serte entregado y luego derramado por los escalones y las paredes de la iglesia. Tu fama y tu

bondad habrían sido proclamadas en muchas lenguas, y así habría llegado hasta ella tu popularidad. Por eso quería enviarte este aceite, como una pequeña señal de aprecio".

El obispo Nicolás había escuchado atentamente a los marineros y dijo pensativo:

"Verdaderamente, esto es extraño, y debería regocijarme por tan gran atención de tan hermosa monja. Pero me considero indigno de tal adulación y no puedo aceptar un regalo de este tipo. Por lo tanto, mis queridos amigos, les sugiero que lleven este presente con ustedes y, en lugar de extenderlo sobre el umbral y las paredes de esta iglesia, viertan su contenido al agua en el mar abierto. Eso sería entonces un sacrificio a Dios Todopoderoso, que gobierna las aguas y todo lo que vive en ellas".

Los marineros, asombrados de estas palabras, tomaron el barco y zarparon del puerto. Cuando llegaron a mar abierto, arrojaron la vasija abierta al mar.

Pero tan pronto como el aceite se extendió sobre el agua, enormes llamas brotaron de ella y propagaron un gran calor. Sólo con dificultad los marineros pudieron salvar su barco y escapar de las llamas mediante hábiles maniobras. Cuando más tarde volvieron a Myra y hubieron amarrado su barco en el puerto, fueron a ver a Nicolás para decirle:

"Oh Señor, admiramos tu gran sabiduría, y te damos gracias desde el fondo de nuestro corazón por haber evitado que te sucedieran - a ti y a tu Iglesia - grandes sufrimientos. Nunca habríamos podido superarlo si las llamas te hubieran hecho daño".

"Querido pueblo", respondió el obispo, "sé que actuaron con buena voluntad queriendo ser sólo meros transmisores de un mensaje. Pero el mal, -debemos recordarlo siempre, - acecha para desviarnos del camino correcto. Por lo tanto, muchas veces, incluido en este incidente, deberíamos aprender que incluso en un hermoso cuerpo se puede esconder una mala intención. La monja que conociste en Alejandría no era otra que la diosa Diana, que está resentida conmigo porque hice talar el árbol del antiguo culto, que ya no tiene sentido al lado del cristianismo. Pero con la ayuda y astucia de Dios, vi y pude alejar el peligro de nuestra iglesia".

Los marineros agradecieron al obispo sus palabras y regresaron al barco. Pero la noticia pronto se extendió por los países del Mediterráneo Oriental: de cómo San Nicolás había podido intuir las malas intenciones de la diosa. Muchos seguidores de la antigua fe se apartaron y aceptaron para sí la nueva doctrina cristiana.